



ingreso de la Internacional Socialista. Palme intentó que se votara una moción condenando de guerra de los norteamericanos en Vietnam...

O. P.—De un modo muy simple: ya hace tiempo que renunciamos a socializar la propiedad. En su lugar socializamos las funciones, lo cual nos parece un atajo más eficaz. ¿Nacionalizar? ¿Por qué? Las nacionalizaciones, en nuestro contexto, sólo servirían para crear una burocracia inútil. Entonces, ¿tal vez la autogestión? ¿Para qué? De ese modo, nos veríamos abocados a una anarquía inextricable. El socialismo sueco actual se sitúa entre ambas soluciones o más bien las concilia entre sí. Porque en nuestro país el poder del capital es, en el fondo, muy limitado. Limitado desde arriba; debe inscribirse obligatoriamente en una planificación rigurosa. Limitado desde abajo: en la fábrica, los obreros tienen y tendrán cada vez mayor capacidad de decisión sobre sus condiciones de trabajo. Por otro lado, nuestros capitalistas se prestan al juego. Hace dos años, cuando comencé a hablar de democracia industrial, los patronos me contestaron invocando el problema de los beneficios. Hace un mes, cuando les dije que evidentemente no pretendíamos reducir en exceso su margen de beneficios —hay que dejar aceite y gasolina en el motor—, los patronos me contestaron: sí, pero es preciso ante todo mejorar las condiciones de trabajo. No lo hacen por mero altruismo, sino porque son realistas: han comprendido que si queremos seguir siendo un país industrial moderno, era preciso atraer a los jóvenes hacia las industrias de punta. Y eso sólo es posible si el trabajo industrial reviste cierto atractivo.

—El propio Estado tiene también un papel que desempeñar en todo este asunto: por ejemplo, a usted le reprochan ahora mucho el haber desarrollado excesivamente la enseñanza superior, o el no haberla orientado hacia la tecnología, pues por culpa de eso hay ahora millares de estudiantes condenados al paro...

O. P.—Es verdad; atravesamos actualmente una crisis que yo mismo había pronosticado para esta década cuando era ministro de Educación Nacional. Hemos dilatado y ampliado excesivamente la enseñanza. El noventa y cinco por ciento de los niños permanecen doce años escolarizados. No podemos conti-

nuar a este ritmo si no queremos que los años de estudios lleguen casi a enlazar con los de jubilación, limitando así al máximo el tiempo de dedicación profesional, de producción activa. Con nuestro nuevo proyecto pretendemos desescolarizar la enseñanza para mejor insertarla en la vida activa. Habría que dar a cada individuo una especie de capital-educación que él podría utilizar cuando y como quisiera. No me hago ilusiones sobre las dificultades que entraña semejante sistema. Habría que vencer las resistencias tanto del personal docente como de los estudiantes. Es preciso, sobre todo, mediante una legislación flexible, permitir a quienes reanudan sus estudios a los treinta o cuarenta años volver a sus antiguos puestos de trabajo o encontrar otros puestos más especializados. Hemos comenzado ya a remodelar nuestra educación nacional a través de lo que llamamos enseñanza para adultos. Hay ya tantos alumnos-adultos —cien mil— solamente en los cursos de «reciclaje» —no hablo de los cursos de cultura general— como universitarios. Y no hemos hecho más que empezar.

—Usted acaba de definir un cierto tipo de socialismo sueco, un cierto modelo de desarrollo económico y cultural. ¿Cree usted en la posibilidad de aplicación de este modelo en otros países? ¿En Francia, por ejemplo?

O. P.—No sé. Creo que las condiciones políticas y las estructuras sociales son muy distintas en Suecia y en Francia. Nosotros no tenemos un partido comunista o un patronato como los que hay en Francia... Tenemos, sin embargo, un modelo de desarrollo y una determinada tradición de educación popular que constituye nuestra fuerza. Tal vez se trate de una especialidad nórdica. O acaso sea una especialidad protestante. Un día los pastores de almas nos dijeron: ¿por qué consentir que otros os interpreten la Biblia? Leedla vosotros mismos, directamente, y sacad vuestras propias conclusiones. Y como con la Biblia, hicimos después con la filosofía y con Marx. Seguimos experimentando por nuestra cuenta. Y hasta ahora no nos ha ido tan mal... ■ **Declaraciones recogidas por JOSETTE ALIA.**

La Capilla Sixtina

CUIDADO CON LOS ESPÍAS

La noticia de que España ha establecido relaciones diplomáticas con Alemania Oriental me tiene en perpetuo insomnio. ¡Dios mío! ¡Qué hemos hecho! Porque se empieza por Alemania Oriental y se acaba reconociendo a Albania, y si no al tiempo. Confieso que he pasado momentos muy malos, muy malos. Espionaje, subversión. Estas dos palabras me zumbaban en la caja craneana y hasta he tenido unas décimas de fiebre. He llamado a mi amigo Alfonso de los Arroyos para compartir con alguien mi zozobra. Pero ha sido inútil, porque Marco Antonio tenía una visión optimista de este inquietante «affaire».

—O sea, que tú no te alteras ante la posibilidad de que con las delegaciones de países comunistas...

—Del Este, Sixto, del Este. No digas palabras inquietantes. ¿Lo ves? Tú mismo te provocas el pánico. Si dijeras «países del Este» no te alarmarías tanto.

—Es verdad. Mira. Ahora mismo pienso: países del Este, y es otra cosa.

—¿Lo ves?
—Bueno. Pues se ha dicho por mentes muy preclaras del país, probablemente las más preclaras...

—¿Preclaras o posclaras?

—También va mejor así. ¿Sabes que tienes un día impresionante, Marco Antonio? Bueno, pues las mentes más posclaras del país han dicho que corremos un cierto riesgo de que se nos meta el espionaje y la subversión a través de las valijas diplomáticas.

—¿Qué van a espiar?

—Hay fórmulas españolas e intransferibles que pueden robarnos.

—¿Por ejemplo?

—No seas escéptico, Marco Antonio. Por ejemplo..., no sé..., no se me ocurre...

—No se te ocurre qué fórmula pueden robarnos y te pones a parir ante la sola noticia de que llegan embajadores del Este. ¿Sabes qué te digo, Sixto? Que se nota que no eres de Castilla. Te falta temple.

Y se marchó molesto. Me pasó la tarde haciendo listas

de productos españoles susceptibles de ser espiados. Llamé a Marco Antonio.

—Ya estoy aquí. ¿Qué quieres ahora?

—Mira la lista que me ha salido: fabada asturiana, gas natural a la española, palmones de Elche, el autogiro, el submarino, el azúcar del doctor Sastre y Marqués contra las lombrices, el gofio, el bocio, el lenguaje político, Raphael, la naranjada sin burbujas, el yogur D., el avanzar sin prisas pero sin pausas, la involución, Emilio Romero, el conde de Godó, el juego de la oca de Forges, las almedras garrapiñadas, las sardinas en aceite, don Eduardo Tarragona, las dos Españas, etcétera, etcétera. ¿Te imaginas tú cómo queda el país si se apropian de las fórmulas de todo eso?

—Pardiez, Sixto, no se me había ocurrido.

—Y eso sólo en el campo del espionaje. ¿Has pensado tú en el de la subversión?

—Yo había pensado que quizá convirtiendo el salario mínimo en el máximo estaríamos a salvo de la subversión.

—Tú eres un krausista utópico, querido Marco Antonio. Aun en el caso de que la alquimia consiguiera convertir el salario mínimo en máximo, la maldad oriental no cejaría hasta hacer brotar la subversión.

—Los países del Este son pacifistas, y sobre todo, los industrializados. No te diré yo, Sixto, que la URSS y Alemania Oriental hagan suyo el «slogan»: «Haz el amor, no la guerra». Pero sí hacen suyo el «slogan»: «Haz neveras, no la guerra». Te aseguro que por ahí no hay problema. Ahora, lo del espionaje, eso es otro cantar. ¡Hay tantas cosas tentadoras!

—El lenguaje mismo. ¿Te imaginas tú un trasplante de la algarabía semántico-política española al alemán del Este?

—Indescribible.

—Se llevarán el lenguaje, Marco Antonio. Se lo llevarán.

—Jamás. Defenderemos lo que defendemos de las indefensas indefensiones.

Y al oír esto en boca de mi amigo, pensé que el lenguaje no hay quién se lo lleve.

SIXTO CAMARA